

Memorias de un normalista pampeano

Juan Ricardo NERVI*

* (1921-2004)

Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Maestro Normal Nacional. Docente en la Universidad Pedagógica de México, y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, periodista, Investigador. Profesor Emérito de la UNLPam. Secretario Académico de la UNLPam. Titular de la Cátedra Pedagogía Universitaria. Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas.



“Bajo Giuliani”, óleo
Ricardo Arcuri

La primera práctica

Nota XVII- La Arena 8/4/1980

Removí cielo y tierra para conseguir una liebre. La necesitaba viva. Pero llegó el día y tuve que conformarme con hacer, yo mismo, en un primoroso cuadro “al pastel” a este espécimen cunícula. Era un buen trabajo; una ilustración “a la medida” de las preceptivas didácticas de Amanda Imperatore. A gran tamaño, visible desde todos los ángulos del salón de clase, con sus patas traseras, largas, bien remarcadas, y cortas las de adelante. A decir verdad, el modelo había sido un conejo de pelaje parecido al de la liebre, pero ¿quién podría decir qué diferencia existía entre uno y otra? La consigna didáctica era: primero, los modelo “vivos”; después, los sustitutos (taxidérmicos, en láminas, proyectados en el epidiáscopo, etc.). En Curso de Aplicaciones parecía un zoológico. Toto se apareció con un loro de verdad. Parlanchín, con ciertas reminiscencias escatológicas en sus parloteos. Todos inferimos

de dónde provenía. Aquello de “**Contales uno del loro...**” no le gustó nada a Toto.

— Che, a ver si la maestra no me lo recibe. Déjense de macanas... Es mi primera práctica.

En verdad, para mi también lo era. La gallina que había llevado el gordito Fioravanti en una bolsa, cacareaba como si hubiese puesto un huevo.

— Después la comemos... ¿qué les parece, muchachos?

Aceptado. Al “Petiso” Vidalita no se le ocurrió nada mejor que pedirle a Toto que incluyera al loro en el menú. Pero la mayoría le habíamos echado el ojo a dos martinetas copetonas que había aportado la “negrita” Sarmiento.

— ¿Vos sabés...?, dijo César llevándose los cinco dedos juntos a la boca, ¡son un manjar!

Por un momento la parte gastronómica había desalojado de nuestra preocupación aquella práctica primeriza (de “ensayo”, como nos decía la profesora).

Los de Cuarto tenían algunos grados a su cargo: prácticas intensivas. A “Telo” le tocó tercero, y antes de comenzar a muestra, algunos fuimos a ver para “matar el tiempo”. En ese momento “Telo” decía a sus alumnos:

— ¡Atiendan...atiendan.. Les voy a contar una leyenda sobre la flor de irupé, que es de...!

— Perdone, señor, pero le ruego me permite retirarme...!

El que hablaba era un gordito con gafas, el cabello caído sobre la frente, un lápiz en la mano como subrayando lo que decía. La sorpresa de “Telo” (y también la nuestra) se tradujo en una pregunta que todos teníamos a flor de labios:

— ¿Y se puede saber por qué, el señor (bien enfatizado) ha decidido retirarse...?

— Sencillamente, señor, porque yo no creo en leyendas.

La respuesta fue categórica y desafiante. El “petit” intelectual miraba tranquilamente a los ojos de su ocasional maestro.

— ¿Se puede saber por qué el señor no cree en leyendas? (Nuevo énfasis de “Telo”).

— Entre otras cosas, señor (también el “petit” enfatizó) porque son fantasías... y yo vivo en la realidad.

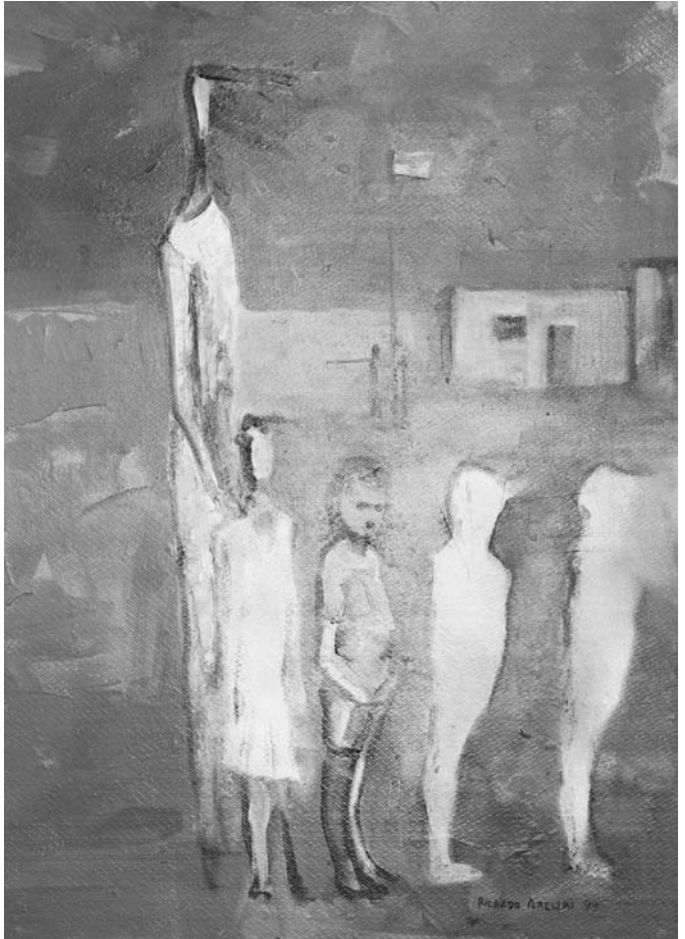
Para “Telo” aquello fue el colmo. ¿Qué edad tendría el pequeño? ¿Ocho? ¿Nueve años? Nos miró. Lo miró. Nos miramos y lo miramos. El muchachito permanecía impasible, esperando el permiso para retirarse. Imaginábamos la confusión de “Telo” frente a nosotros, inquisitivos observadores. Entonces, con rígida solemnidad, firme sobre sus talones unidos, señaló categóricamente la puerta y, como el referí que expulsa de la cancha a un jugador, profirió:

— ¡Retírese... insolente! Dónde se ha visto tamaña falta de respeto. ¡A mí con eso de no creer en leyendas...!

— ¡Gracias, señor...!—, dijo el alumno y parsimoniosamente mirándolo al sesgo, salió.

— A mí con esas...—, dijo el alumno y parsimoniosamente mirándolo al sesgo salió.

— A mí con esas...—, seguía murmurando “Telo” cuando sonó la campana. Lo dejamos su-



“Escuelita del Oeste”, óleo
Ricardo Arcuri

mido en un mar de cavilaciones. ¿Y si nos tocaba a nosotros un “nene” así? También yo llevaba una leyenda sobre “Mara, la liebrequita de la Patagonia”, para motivar a mis alumnos. Entre los parloteos del loro y el cacareo de la gallina, entré a clase, era algo así como Espartaco entrando al circus, lámina en ristre...

El maestro miró la lámina, escuchó mi balbuciente leyenda, y cuando empezó el diálogo con los alumnos, se retiró. ¡Qué alivio! A los quince minutos se me había “acabado el rollo” ¿De qué hablar? Los chicos esperaban, expectantes y yo ¡nada! De pronto uno de los alumnos levantó la mano: “¡Al fin! Una pregunta, me dije...”. Pero no: era para ir al baño, Pepe, uno de mis observantes, quiso sacarme del aprieto y preguntó, canchero, a los niños:

— ¡Vamos a ver... vamos a ver... ¿Saben ustedes qué es “correr la liebre” ¿No? El señor, dijo mirándome, les va a explicar...

Después de fumar su cigarrillo, el maestro volvía. Miró la lámina y compasivamente, me susurró: “¡Describe la liebre!” Fue mi tabla de salvación. Mi explicación pareció convincente y aquel “¡Muy bien!” con que me premió el maestro (traducido en un 10) me tranquilizó. Lo miré furibundo a Pepe: “¡A vos te mato” le musité al pasar. El maestro me oyó y sonrió. Después supe que era ¡nada menos! Julio Nery Rubio.

Más sobre las prácticas docentes

Nota XVIII- La Arena 15/4/1980

Es de esperar que, con los años, hayan cambiado. Nuestras prácticas docentes –después de consabido período de “observación y crítica” que nadie, a su vez, nos observaba y criticaba-, tenían algo de circense. Parecían una competencia de ilustraciones. Las muchachas eran sumamente hábiles para hacerlas. Algunos de nuestros compañeros contaban con su ayuda y aportaban maquetas, fieles reproducciones del Cabildo, pequeños terrarios, canarios canoros, aves domésticas y vivas y embalsamadas, uno que otro mamífero. Para mantener “la disciplina” era usual que se distribuyeran galletitas (máxime si la obra versaba sobre temas gastronómicos afines), caramelos, chokolatines. ¡Esos días de práctica! Eran de tensión, de angustia para muchos.

— Vos ponete firme... si no, los “pibes” te entran a calar y después ¡guantátelas!

El consejo era para Facio. Este solía quejarse de su escaso dominio de la clase. Los de tercero y cuarto nos ayudaban:

— Mirá, lo primero que tenés que hacer es sacarte de encima a los que preguntan mucho. Vos buscás cualquier pretexto, y ¡zas! Los echás del aula...

Otros eran menos drásticos. “Las sabían todas”, como “Melón”:

— Yo no me caliento... Los dejo. Al principio dan con todo. Recién cuando se callan, empiezo. Si no se aquietan ¿y qué? Doy mi clase como si no pasara nada...

Sin darse cuenta “Melón” era un émulo del viejo Tolstoi en su escuela de Yasnaia Poliana... o de Neill de “Summerhill” en nuestros días. Todo un precursor de las didácticas no-directivas.

La cuestión era que aquellas “prácticas” estaban tan alejadas de la realidad que más tarde debíamos afrontar, que parecían concebidas por Lewis Carrol para su Alicia en el país de las ma-

ravillas. Todo en ellas era sorpresa, taumaturgia, todo en ciertas cátedras televisivas estadounidenses actuales, había que tener algo de prestidigitador para mantener el “ranking”. Los alumnos del curso de aplicaciones (¡Como olvidarme de aquel “Kelito”, flaco y desgarrado, que sacaba de la manga las preguntas más insólitas...!) nos tenían “remanyados”, como decía César. La disciplina, ¡la disciplina! La dis-ci-pli-na... se nos decía. ¡Cuide la disciplina! Si la clase nos resultaba un fracaso, allí estaba el fantasma de la disciplina. Pero ¿cómo mantenerla así, como la concebían los maestros y profesores de práctica y didáctica? Los muchachitos con quienes debíamos “experimentar” nos miraban como a bichos raros. “¿Y este... a quién le ganó?, pensarían.

Los practicantes teníamos conciencia de que, en el fondo, las “clases de ensayo” tenían algo de espectáculo y actuábamos mecánicamente, con algo de “mimos” (por ejemplo, César, que deleitaba a los alumnos caminando a lo Marcel Marceau). Todo consistía en un despliegue de material didáctico: “¿Ven esto? ¿Ven estotro? ¿Ven aquello? ¡Pongan atención!” Ver y no observar. Ver y no experimentar. Ver, siempre ver.

Confieso que los “planes de clase” me abrumbaban.

No me resignaba a escribir una cosa y hacer otra. Era un requisito más: una carpeta que de cuando en cuando era “visada” previa aprobación de la maestra de grado donde practicábamos. Eso sí: no olvidar “los propósitos” perseguidos. Eran siempre los mismos: “Enseñar a...”. ¿Enseñar a qué? Ignorábamos lo elemental del aprendizaje porque en la Psicología que se “nos dictaba” nada había que hablase del desarrollo psicoevolutivo del niño, y todo se reducía a “enseñar”, no a que el alumno aprendiese. A la distancia, en el tiempo, se comprende que fuera de ese modo y no de otro como se “nos enseñaba a dar clase”. Podría argüirse que tampoco en nuestros días las cosas andan muy bien en materia de “práctica docente” y que, en la inflación semántica producida por tecnicismos importados, tampoco estamos seguros de que –Piaget mediante- se orienta debidamente a los futuros profesores. Pero de lo que estoy seguro es de que egresábamos de la Normal horros, vacíos de los conocimientos necesarios para planificar la más insignificante lección. Y que nos costó mucho aprender a ser maestros en la cabal acepción de lo que implica ser docente.

Mucho se ha avanzado, es indudable. Pero hoy como ayer, aquí está uno de los “talones de

Aquiles” de la formación profesional del maestro. Ahora se que no se puede aprender a la manera primitiva: por ósmosis. Y si me es permitido dar a las generaciones de la docencia actual un consejo, éste sería: “Aprendan a ser”, esto es. “Aprendan a aprender”. Sean siendo. Sean haciendo (perdón por los verboides) Sean creando. Los maestros no nacen: se forman, como diría Erasmo. Y en esa formación, la fase práctica no puede ser un simple anexo de la fase teórica. Debe convertirse en praxis y efectivizarse en la acción. De otro modo, volveremos a aquellas “prácticas de la enseñanza” juglarescas, pintorescas, de nuestra vieja y querida Escuela Normal.

El lírico

La Arena, 26 de febrero de 1980- Nota XI

Aquellos nombres y apellidos eran legendarios. Nos abrumaban. Traían consigo la fragancia de los aromos en flor, la melancolía de las acacias, la evocación de las calles de tierra con su tránsito de volantas, tilburies, alguno que otro sulky, y los jinetes vespertinos, de enjaezados caballos, que exactamente “a la hora de la salida”, pasaban gallardamente por la puerta de la Normal.

¿Quién habrá sido aquel Emilio Riva, autor de Ananké, una novela fechada en La Plata en 1920? ¿Quién, decimos, porqué también él, en alas de su lirismo, nos situó en “aquellos años” en que la Escuela formaba los mejores maestros del país?.

Ardíamos en deseos de conocerlos, de hablar con ellos, de preguntarles cosas. Por ejemplo, ¿cuál era el nivel técnico de “aquella” escuela? ¿En quién se diferenciaban “aquellos” profesores de “éstos”? ¿Por qué vivíamos en la competitividad, en una lucha a dentelladas “por la nota y el Cuadro de Honor”? ¿Lo de antes había sido como lo de ahora?

Los años me darían oportunidad de conversar “a fondo” con varios de ellos. Y a fe que eran lo que se decía de ellos: señores maestros. Fue en una perdida colonia germano-brasileña del Alto Paraná, en Misiones, donde nos encontramos.

— ¡Señor... señor...el Inspector ha llegado...— me dijo cierta mañana, un tanto azorado, don José Ratzinger, el portero.

Su azoramiento provenía del hecho significativo de que por espacio de varios años nadie visitaba a la escolita 270, que habíamos construido con nuestras propias manos. Yo había in-

sistido tanto en que se nos proveyese de bancos, pizarrones, un armario, lo elemental, en fin para que funcionase como “una escuela”. Solamente me había llegado una enorme prensa copiadora, que seguramente molestaba en la Inspección. Al fin, cansado de tanto pedido infructuoso, con los padres y alumnos dotamos de “la infraestructura” material, con sus precarios recursos, a nuestra paupérrima escuela. Si, había llegado el Inspector. El libro de visitas registraba un solo nombre: el del Inspector Abelleyra, y la fecha correspondía a la fundación del establecimiento. No he de negar que me hallaba nervioso. La escuela a mi cargo, unitaria, con más de 100 alumnos, dejaba mucho que desear. ¿Qué podía saber yo, maestro bisoño, de escuelas unitarias?

— Usted es de La Pampa... ¿no es así? Me dijo, sonriente cuando me vio.

— Efectivamente, de allá soy...

— ¿Y cómo vino a parar aquí?

— Buen... yo quería ser maestro, y... bueno, usted sabe...

— Sí, lo sé... lo sé... colega.

— ¿Y cómo lo supo?

— Sencillamente... porque yo también lo soy... Y usted sabe: los pampeanos nos reconocemos fácilmente.

Cuando se identificó no pude contener mi asombro, mi alegría. Yo sabía de él. De sus actividades periodísticas en Santa Rosa, de su talento docente, de aquel segundo premio que había obtenido en un concurso de cuentos de “La Prensa”, de su labor en la Patagonia... Era, ni más ni menos, uno de aquellos nombres y apellidos legendarios que parecían grabados a fuego de una invisible placa de la vieja Escuela Normal de Santa Rosa. También él se asombró de que yo supiera de que su cuento “El Güeñi” hubiera sido leído por mí y que hubiera sido el segundo, después de “La extraña fuga de Iván Góver” de Luis María Albamonte (después Américo Barrios); se asombró de que supiese de su hermana toayense, maestra de renombre, como él, y de aquel periódico “La Linterna”, donde colaboraba poéticamente un tal Oliver Kelly. Pero su asombro llegó al colmo cuando –con pelos y señales- le recordé episodios de su vida de normalista, actitudes bravías en el ámbito periodístico lugareño, y más aún, al grupo que conformaban en aquella generación de egresados... Sonreía y lagrimeaba. Allí, en el Alto Paraná, en una barranca que hacía las veces

de escuela, ¡hablar de todo aquello...! Era un prodigio. Pero mientras afuera chillaban los tucanos, y los loros en bandada le abrían tajos al cielo con su algarabía, nosotros, dos normalistas de distintas generaciones, mateábamos recordando el pago distante. Se quedó aquella noche en mi casucha. Armamos un colchón de chala en menos de lo que canta un gallo. Y hablamos y hablamos mientras él pitaba sus “charutos” parecidos a los “armados” de Toto...

Al día siguiente ya nos tuteábamos. Partía. Era como si se fuese una esquirla de aquella granada de cultura que la vieja Escuela Normal de La Pampa había esparcido hacia los cuatro rumbos de la patria grande. Un maestro de estirpe sarmientina. Heroico y digno. Capaz de decir aquello que hoy, a treinta y tantos años, no se me olvida: “Para venir a meterse en estos parajes hay que tenercoraje... y hay que ser o un loco o un lírico...” Pensé en Juan Ramón Jiménez y en su burrito de Moguer (pero eso será otra remembranza), y me dije si. Porque con líricos así podríamos, algún día, ganar aquella batalla “de pan y abecedario” que estábamos lirando. Y por que él, Jorge Mattiauda, era uno de ellos.

Nada menos que todo un maestro

La Arena, 25/4/1980

Así es la memoria. A veces hasta una leve reminiscencia para que la llamada “ley del alud dominante” nos invada por todas partes. Así son las evocaciones, teñidas de asociaciones aristotélicas, cuando desde algún recóndito lugar de alguna circunvolución cerebral, salta el recuerdo.

En la década de los 30s, solía viajar a menudo a Trenel. En lo que había sido el Banco Español de esa localidad, con mis padres y hermanos solíamos turnarnos en la atención del Club Social y también de una sucursal que, con Wini-freda y Monte Nuevas, constituía nuestra cadena de cines.

Soñaba con ser maestro. Ya había terminado mi sexto grado –ya lo había repetido, de puro patriota nomás- y mis quince años se probaban de lectura que cubrían un ancho espectro humanístico: poesía, ensayo, cuento, novela, de distintas latitudes, me había conmovido la maestría de los obreros, de Edmundo De Amicis, y no podía alejar de mi pensamiento (acaso de mi sentimiento) a la otra maestría, esto es la de La maestra nor-



“Paisaje del Oeste”, técnica mixta
Ricardo Arcuri

mal, aquella riojanita seducida de la novela de Manuel Gálvez. Máximo Gorki me había cautivado con su “oficio” de maestro (nada sabía aún de Makarenko), y el guardapolvo blanco de un docente era para mí el uniforme con que casi todos los niños y adolescentes sueñan alguna vez. Además, mis maestros de la “vieja guardia” en Castex y en Pico, me habían adoctrinado en el ideario sarmientito, y pensaba que, a mi edad, el casi niño Domingo Faustino ya tenía su escuelita de barro y paja brava en San Francisco del Monte, allá en San Luis. Leía y releía Recuerdos de Provincia...

Sí. Era en Trenel. Y yo soñaba con ser maestro. Lindando con el ex Banco Español (nuestro cine, el Club Social y las habitaciones) había un alto muro. Detrás, la escuela –no sabría decir si era la 54 o la 225- ya que en esos años estaba también la llamada escuela “de Falomir”, por ser su director aquel gran maestro. Esta, la de “al lado”, era la escuela “de Laguzzi”. Lo conocí en el Club Social donde, con el viejito Suárez –ex dueño de la Confitería “Munich”, de Castex- atendíamos la cantina.

Allí, se juntaba, después del almuerzo o por las noches, con sus amigos trenelenses: Pepe Gonzalez, Vega, Costa, creo que Ceballos Lloveras, supongo que también Reynoso, Hombre, creo que también Tello, Eladio, y otros más. Alto, rubio, de mirada limpia, directa y clara detrás de sus gafas, irradiaba simpatía, comunicatividad. Su voz era sedosa y convincente cuando, con humildad decía aquel “¡Gracias, muchachito,...!” al servirle su “Te del Hogar”. Recuerdo que una tarde llegó más temprano que de costumbre y nos encontró leyendo:

— ¿Te gusta leer? ¿Qué lees?, dicho esto ya había atisbado el título, y sonriente, agregó:

— ¿La entiendes bien...verdad?

— ¡Por supuesto que sí!, contesté.

— Se trataba de La Madre de Gorki. El libro me tenía atrapado y con los ojos empañados por la emoción.

— Sí. Es un hermoso libro, dijo con ternura, y preguntó, poniendo una mano sobre mi hombro:

— ¿Lees mucho?

— Mucho —, contesté.

— ¿Y qué te gustaría ser...?

— Maestro, señor...—, contesté sin vacilación.

— Lo serás, seguro que lo serás...

Llegaban los “habitués”, y me dejó con una sonrisa y un gesto afirmativo, como si estuviese seguro de cuál habría de ser mi porvenir. Solamente una década después volvería a verlo. Fue en una conferencia en “La Peña” de Pico, presentado por el maestro y abogado Davi, quien resumió la portentosa vida de aquel excepcional maestro, a la sazón Inspector General de Escuelas de Territorios y Vocal del Consejo Nacional de Educación. Le entregué mi libro de poemas primerizos. Y simplemente le dije:

— Ya soy maestro... Y quiero ejercer la docencia.

Seguramente aquel “Ya soy maestro” no le dijo nada. Ni siquiera recordaría mi nombre.

Alguien se lo habrá dicho, porque en poco tiempo más llegó mi nombramiento con unas líneas del maestro Davi, otro egresado de la Escuela Normal de Santa Rosa muchos años atrás.

Se cumplían mis deseos. Aquella angustia, aquellos afanes que poblaban de desvelo las largas noches pueblerinas, se iban a satisfacer por fin. Creo que pensé en lo feliz que hubiera sido Victorio de haber tenido una oportunidad como la mía. No conocía en qué lugar debía presentarme. No sospechaba que iba a ser a dos mil kilómetros de mi pueblo, cerca de las Cataratas del Iguazú. Pero, ante mi perplejidad, allí se me había designado. Abandoné todo en aras de mi vocación. Acaso, perdí un futuro comercial brillante. Pero partí. En Buenos Aires quise hablar con él. Y con la ayuda de Acosta Lucero y de Davi, lo conseguí horas antes de mi partida. Fue cuando le recordé su “premonición” trenelense. Sonrió y me dijo:

— Los mandé a ustedes, los pampeanos, porque sé que no me defraudarán como hombres y como maestros donde quiera que vayan. Los de la Escuela Normal de Santa Rosa no suelen fallar... ¡no falle usted!.

Al día siguiente partíamos con un grupo de docentes egresados de “nuestra” Normal. A casi treinta y cinco años de aquella despedida –nunca más lo volví a ver- evoco tan distantes momentos porque a la Escuela 54 de Trenel (la escuela “de Laguzzi”) se le ha puesto su nombre. Nunca más justiciero un homenaje: don Carlos H. Laguzzi honró a La Pampa”, en ella, honró a todos los maestros pampeanos.